

Michael Novak. ¿Un capitalismo católico?

EL 17 DE FEBRERO DE ESTE AÑO FALLECIÓ EN WASHINGTON, A LOS 83 AÑOS DE EDAD, MICHAEL NOVAK, CONOCIDO PROFESOR Y ESCRITOR. JUNTO A FIGURAS TAN CONOCIDAS COMO GEORGE WEIGEL Y RICHARD J. NEUHAUS, FUE UNO DE LOS INTELLECTUALES CATÓLICOS NORTEAMERICANOS MÁS DESTACADOS EN LOS ÚLTIMOS DECENIOS DEL SIGLO XX.

MIGUEL ALFONSO MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA

En el año 1979 Michael Novak participó en la campaña electoral de su amigo Sargent Shriver, buen católico, relacionado con la familia Kennedy, que se presentaba como candidato a la vicepresidencia, junto al senador demócrata McGovern, que aspiraba a la presidencia, pero ahí se acabó la participación de Novak en la vida política. Fue director durante mucho tiempo del *Social and Political Studies* del *American Enterprise Institute* de Washington, el *think tank* más importante de los neoconservadores norteamericanos. Al propio Novak le gustaba calificarse de neoconservador, aunque todavía más le gustaba considerarse un *Catholic Whig*. No solo escribió numerosos libros y artículos, sino que fue un asiduo colaborador de la revista *First Things*, que ayudó a poner en marcha junto a Neuhaus, y que está especialmente orientada a promover el papel de la religión en la vida pública. El principal tema de interés y estudio para Novak fue la relación entre la ética católica y el espíritu del capitalismo, que es precisamente el título de su libro más conocido: *The Spirit of Democratic Capitalism*. Su manera de enfocar este tema le llevó, desde mi punto de vista, a una cierta confusión respecto al sentido

.....
Poner en un mismo plano la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y el capitalismo –se entienda este último como se entienda– se presta a no pocas y lamentables confusiones

último de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

ECONOMÍA Y DOCTRINA SOCIAL

Aunque comparto su objetivo básico de lograr una sociedad mejor y más humana, no estoy de acuerdo con su modo de plantear la relación de la DSI con el funcionamiento de la economía capitalista, algo que ya tuve ocasión de poner de manifiesto en mi intervención en un seminario sobre “Capitalismo y cultura cristiana”, publicada por el Instituto Empresa y Humanismo en el año 1999. Como suele suceder, es probable que ninguno de los dos tengamos toda la razón y que lo más acertado sea una posición intermedia. En mi opinión, Novak estaba influido por una tendencia que se da entre algunos católicos norteamericanos, a los que les parece muy importante demostrar que el capitalismo no solo es compatible con el catolicismo, sino que tiene su auténtico fundamento en la ética católica. Aunque, en cierto modo, puedo estar de acuerdo con esto último, creo que poner en un mismo plano la DSI y el capitalismo –se entienda este último como se entienda– se presta a no pocas y lamentables confusiones.

Una prueba de ese tipo de confusiones se me hizo patente dos o tres días después del fa-

llecimiento de Novak. Escuchando un programa radiofónico, un profesor de economía que se confesaba de orientación liberal austríaca sostenía que los trabajos de Novak habían ayudado a reorientar el sentido de la Doctrina Social de la Iglesia. Según ese profesor, la DSI había surgido como un intento de elaborar una tercera vía entre el socialismo y el liberalismo. Por desgracia, hay mucha gente, tanto liberales como socialistas, que sigue pensando, como ese contertulio radiofónico, que el objetivo primario de la DSI es dar una “solución técnica” a lo que desde tiempos de Marx se llama el “problema económico”.

Además de que ni el liberalismo ni el socialismo han dado con “la solución técnica” al problema económico, como pueden comprobar millones de hombres en su vida cotidiana, la DSI, aunque tenga que denunciar de modo directo las situaciones concretas que afectan a la dignidad de las personas, no por eso pretende dar una “solución técnica”. Precisamente porque su objetivo fundamental es antropológico, entender con más hondura el sentido de la acción humana, la DSI ayuda a poner de manifiesto que no son solo dos, sino muchas, las soluciones que se le pueden dar al problema económico. Como sucede siempre que se apunta al verdadero sentido de la acción humana –la libre apertura del hombre al don divino– son muchas las formas que, en el plano de los problemas concretos, aquí y ahora, pueden surgir como consecuencia del respeto a la libertad humana.

Desde mi punto de vista, un enfoque como el de Novak, aunque pueda ser conveniente en ciertas circunstancias, resulta inadecuado como planteamiento general. Se hace entonces casi inevitable la impresión de que Novak, aunque no fuese su intención, pretendía demostrar que la validez de la moral católica provenía de ser la fuente última del éxito material del capitalismo, la responsable de la capacidad humana de producir riquezas. Según esto, lo que daría credibilidad al catolicismo sería su intrínseca capacidad de generar mayor bienestar social, algo que quizás se pueda disculpar en un marco tan pragmático como el de la sociedad norteamericana. Dicho de una manera un tanto ruda, se trataría de demostrar que la ética católica resulta rentable, que ayuda a mejorar la cuenta de resultados de las empresas y a crear riqueza y bienestar para todos.

En la misma línea, leía hace poco tiempo a un comentarista político que sostenía que la China comunista acabaría por ser un país democrático en la medida en que se fuera abriendo a las prácticas de la economía capitalista. La mejora de las condiciones de vida llevaría a exigir más libertad democrática. Un escenario que el mismo Novak, apenas hace dos años, no consideraba probable.

WEBERIANISMO ECONÓMICO Y LA LÓGICA DEL DON

La actitud adoptada por Novak proviene de lo que, en mi opinión, se podría calificar de un cierto complejo de inferioridad por parte de algunos católicos norteamericanos, frente a la muy discutible, y no siempre muy bien entendida, tesis de Weber sobre el origen protestante del capitalismo. Eso ha provocado la aparición de lo



MICHAEL NOVAK DEFENDIÓ QUE EL CAPITALISMO ERA EL ÚNICO SISTEMA ECONÓMICO DEFENDIBLE DESDE UNA MORAL CATÓLICA

|||||||
Ni el liberalismo ni el socialismo han dado con “la solución técnica” al problema económico, como pueden comprobar millones de hombres en su vida cotidiana

que alguna vez he llamado “weberianismo católico”, que, sin un adecuado fundamento, pretende erigir al mercado y a la democracia como los garantes últimos de la libertad de los individuos. En realidad, esa garantía funciona a la inversa: la libertad personal, que incluye la apertura a la trascendencia, la práctica de las virtudes y la ayuda al más desfavorecido, permite que tanto el mercado como la democracia, a pesar de las inevitables limitaciones humanas, pueda funcionar de un modo razonablemente aceptable. Influenciado por este pragmatismo, sostenía Novak, por ejemplo, que el “rasgo más fascinante del ser humano es su capacidad para originar la acción; es decir, imaginar y concebir nuevas cosas, y después hacerlas”. Aunque no me cabe duda de que esa capacidad humana es digna de admiración, no constituye precisamente la cumbre

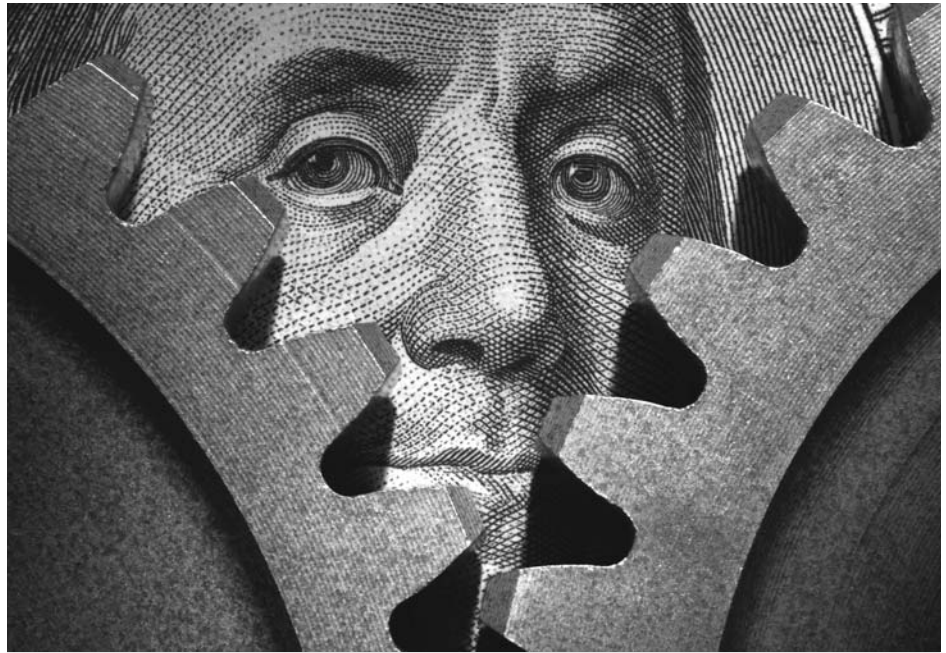
de la acción humana. Desde mi punto de vista, esa afirmación de Novak puede dar la impresión de que confunde la operación, el resultado externo, lo contingente, con la acción, la cual incrementa el ser del hombre y permanece para siempre en la configuración de su identidad. Lo más grande del hombre no es hacer cosas, producir, sino amar y ser amado, poder destinarse libremente a Dios. Ciertamente las operaciones humanas, la producción, tienen importancia; es más, resultan imprescindibles para llevar la vida adelante, pero es la acción la que hace posible las operaciones, la que las dota de sentido.

Emprender y producir, tener iniciativa económica, como puede ser poner en marcha una empresa, no es algo que –por distintos motivos– esté al alcance

de todos; de hecho, la mayoría de los hombres se limitan a trabajar para otros, con un trabajo monótono y una iniciativa creativa muy limitada. Lo que sí puede hacer todo hombre, incluidos los enfermos y los incapacitados, y por supuesto, también los empresarios, es amar y ser amados, dando con su conducta –tenga éxito económico o no– testimonio de la grandeza de la vocación humana. El núcleo de la DSI no es, por tanto, la “lógica de las operaciones”, como sucede en las teorías económicas, sino la “lógica del don”, la aceptación libre del amor de Dios. Es la calidad de la acción humana la que pone en marcha las operaciones; la que al dotarlas de sentido hace posible la sociedad y la producción; la que crea el fundamento que permanece para siempre, y la que los hombres de cada generación, con sus vicios y virtudes, se han de esforzar por renovar y acrecentar.

A la hora de enjuiciar la acción humana conviene distinguir distintos planos: el antropológico, el metafísico, el moral, el jurídico y el económico. De tal modo que, para enjuiciar el problema económico, conviene tener en cuenta esta sucesión de planos, manteniendo siempre su jerarquía. No es lo más correcto ir desde abajo, desde una solución histórica concreta, como puede ser lo que Novak llamaba “capitalismo democrático”, hacia arriba, sino que hay que proceder al revés: descender desde lo antropológico al modo en que se plantea el problema económico en cada momento, pues de lo contrario se da lugar a las lamentables confusiones de las que hemos hablado.

Precisamente porque exige tener presente esa jerarquía de planos, el estudio de la DSI no es tarea sencilla. En cualquier



|||||||||||||||||
No basta con la libertad de iniciativa económica, sino que hace falta un modo más hondo y trascendente de entender la libertad humana

caso conviene tener presente que su núcleo lo constituyen los fundamentos de la antropología cristiana. Desde ahí se puede descender a normas de conducta social, que pueden ser distintas en la medida en que se aproximan a circunstancias cada vez más concretas. Se puede decir, por tanto, que la DSI permite ir proyectando espacios cada vez más amplios de la libertad para que cada grupo social, en las circunstancias determinadas en las que se encuentre, vaya concretando las soluciones técnicas que le parezcan más oportunas. En nombre de esa libertad de respuesta al don, que está en la esencia de la DSI, se abre un abanico muy amplio de soluciones técnicas al problema económico, distintas en el tiempo y en el espacio, como la marcha de la historia se ha encargado de poner de manifiesto.

Por otro lado, conviene no olvidar que debajo de las distintas teorías económicas subyace siempre una determinada antropología. Por eso, desde mi punto de vista, el contraste de esas teorías con la DSI debe hacerse siempre en ese nivel antropológico y no en el de los desarrollos teóricos o “soluciones técnicas”.

En su último artículo, titulado “The Future of Democratic Capitalism”, publicado en el ejemplar de junio de 2015 de la revista *First Things*, reconocía Novak que en el momento presente, en todas las partes del mundo, los sistemas propiamente llamados capitalistas y democráticos estaban haciendo frente a graves dificultades. En su opinión, las personas, cuando desean vivir libres, tienen que enfrentarse con la carga de la responsabilidad personal, que en muchos casos les resulta muy onerosa. Cuando las personas se acostumbran a vivir cómodamente, ¿por qué cargar con el peso de la propia responsabilidad? La historia ha puesto de manifiesto con qué facilidad las gentes satisfechas, adormecidas por el bienestar material, se someten a todo tipo de tiranías. Con este comentario Novak vendría a reconocer, a mi modo de ver, que no basta con la libertad de iniciativa económica, sino que hace falta un modo más hondo y trascendente de entender la libertad humana: destinarse libremente a Dios, aceptar el don, que es precisamente el núcleo del mensaje de la DSI.